

CAPÍTULO XXI

Supersticiones cristianas. Angelología. Demonología

J. M. BLÁZQUEZ

PARUSÍA

La parusía es la segunda venida gloriosa de Cristo al término de la historia humana. Se encuentra ya en Mateo (24,3.27.37), en Pablo (1 Cor 15,23; 1 Tes 2,19; 3,13; et cétera), en Santiago (5,7-8), en 2 Pedro (1,16; 3,4.12), y en 1 Juan (2,23). La primera comunidad cristiana esperó la llegada de Jesús como algo inminente. Después se dieron explicaciones a cerca del retraso de la parusía.

La Didaché, que es el documento más importante de la era inmediata postapostólica, y la más antigua fuente de legislación eclesiástica, escrita en la primera mitad del siglo II, termina describiendo los signos que acompañan la venida inminente de Cristo: el cielo se abrirá, se oirán los sonidos de las trompetas y llegará el momento de la resurrección de la carne.

MILENARISMO

Estuvo muy extendida durante mucho tiempo, en la época cristiana primitiva, la creencia que el Reino de Cristo duraría un milenio. Fue aceptada por Papías de Hierápolis, obispo de Esmirna, amigo de Policarpo y que oyó a Juan; también fue aceptada por el autor de la epístola atribuida falsamente a Bernabé, colaborador de Pablo, del año 130 según A. Harnack; por Ireneo de Lyon en el libro 5 de su *Adversus haereses*; por Sexto Julio Africano en sus *Cronicas*, obra del año 221; por muchos cristianos, a los que, con el fin de tranquilizarlos, Hipólito dirige la *Crónica*, escrita entre los años 222-235; por Tertuliano en su *Apologeticum*; por Lactancio en sus *Instituciones Divinas*, donde afirma que el diablo será encadenado y encarcelado durante mil años, periodo en el que reina la justicia. Los justos será reunidos; después del juicio se situará en la tierra la ciudad santa, habitada por Dios; el sol brillará siete veces con más fuerza que ahora; la tierra producirá frutos espontánea y abundantemente; la miel chorreará de las montañas; los arroyos llevarán vino y los ríos llevarán leche. Antes de finalizar los mil años, el demonio quedará libre, y reunirá todas las naciones paganas contra la ciudad santa, que será sitiada; la cólera de Dios se abatirá sobre las naciones, que serán destruidas.

Los escritores cristianos dividieron a la humanidad en tres clases: judíos y paganos, siendo el tercero el de los cristianos. Esta clasificación tiene un carácter religioso o, mejor, cultural. Se encuentra ya en el *Kerygma Petri*, donde se opone el cristianismo a las tradiciones antiguas de judíos y de paganos: «Los ritos de los griegos y de los judíos son viejos; vosotros, cristianos, adoráis a Dios de un modo nuevo, según una tercera manera.» Y en la Carta *A Diogneto*: «Los cristianos no reconocen los dioses de los griegos, no se plegan a la superstición judía.»

Los cristianos forman una categoría religiosa. En Aristides esta división tripartita tiene carácter social o nacional: «Está claro que los hombres se dividen en tres categorías: los adoradores de los dioses, los judíos y los cristianos». Tal división es sólo transitoria, pues dará lugar a una distribución bipartita: por un lado, están los judíos y los gentiles, y por otro, los cristianos.

ANGELOGÍA

Los ángeles aparecen ya citados en los relatos del Antiguo Testamento. Son seres superiores a los hombres, colocados al servicio de Dios, del que son mensajeros. Podría pensarse que son simplemente representaciones simbólicas de Dios y de sus atributos. El Nuevo Testamento presenta a los ángeles como seres reales. Su concepción arranca de la apocalíptica judía. Justino es uno de los primeros autores cristianos que alude al culto de los ángeles, que cuidan de todos los seres humanos. A pesar de su naturaleza espiritual, les atribuye un cuerpo semejante al humano, idea que luego defendió Teognosto, director de la escuela de Alejandría entre los años 265 y 282.

En la Epístola apostolorum, obra apócrifa de gran valor, escrita entre los años 140 y 160, se dice que Gabriel es la personificación del *Logos*, teoría esta que no tuvo aceptación. En el Apocalipsis de Pablo, escrito probablemente en Egipto entre los años 240 y 260, un ángel conduce al apóstol al lugar de las almas justas, y al lago de Aquersa, donde se levanta la ciudad de Cristo. El ángel muestra a Pablo la ciudad detenidamente y después le transporta al río de fuego, donde descubre los tormentos del infierno, recordando el Apocalipsis de Pedro. Entre los condenados se encuentran obispos, sacerdotes, diáconos y todo tipo de herejes. Menciona al ángel de la guarda, cuyo cometido es proteger a los hombres y presentar ante Dios todas sus obras, buenas o malas; idea que Orígenes hace extensiva a cada pueblo. De esta teoría del ángel de cada pueblo dedujo Hipólito que los ángeles gobernaban la Iglesia (*De antich.* 59). Este autor —y otros, como Novaciano— atribuyó una naturaleza angélica a Cristo. Los ángeles son seres psicopompos, pues conducen las almas de los muertos hasta el cielo. Esta obra influyó poderosamente en la Edad Media. Fue citada por Dante en la parte de la *Divina Comedia* dedicada al Infierno.

La misión de Miguel se recuerda en el ofertorio de la misa de *requiem* del misal romano. Orígenes, en su obra cumbre, *De principiis*, escrita entre los años 220-230 en Alejandría, afirma que en el combate entre el alma y el cuerpo intervienen los ángeles y los demonios, teoría que todavía mantiene el cristianismo actual.

Atanasio escribía que los ángeles no sólo adoran al Padre, sino también a Cristo.

DEMONOLOGÍA

Los demonios desempeñan un papel importante en el cristianismo primitivo. Ya la vida de Jesús fue, según los evangelios, una lucha continua con los demonios, personificaciones del mal. Reciben los nombres de Satanás y Belcebú. Jesús libera a los hombres del poder de los demonios. Los escritores cristianos describen minuciosamente las obras de los demonios.

Justino

Para este autor los demonios tapaban con una especie de velo las enseñanzas de Cristo, para perder a los hombres, y elabora una teoría importante: que los demonios imitaron las profecías del Antiguo Testamento en los ritos de los misterios paganos. A esta circunstancia atribuye las semejanzas entre el culto pagano y el cristianismo. Concretamente menciona, entre otros, el bautismo y la eucaristía, esta última repetida en los misterios de Mitra, según el apologista. Justino asigna un cuerpo a los ángeles. Su pecado consistió en mantener relaciones con mujeres. Su castigo es el fuego eterno. Pueden seducir a los hombres e impedir su conversión al Dios y al *Logos*. Las herejías son, también, obra de los demonios. Esta idea paso a Cipriano, quien, en su escrito *Sobre la unidad de la Iglesia*, atribuye a los demonios los cismas. Justino cita el caso de Marción, uno de los mayores teólogos del cristianismo primitivo, que vivió a mediados del siglo II, y que rechazó el Dios del Antiguo Testamento. Los demonios fueron los causantes de los sufrimientos que los judíos infligieron a Cristo. Los demonios impiden la propagación del cristianismo entre los paganos. Cristo tiene poder contra los demonios.

Taciano

El discípulo de Justino, Taciano, escribió un verdadero tratado de demonología en su *Discurso contra los griegos* (7-17). Comienza Taciano refiriéndose a la creación de los ángeles por Dios. Uno de ellos, más inteligente que los demás, fue proclamado Dios y convertido en demonio con sus seguidores. Aquí se ofrece una interpretación diferente del pecado sexual, en la caída de los ángeles convertidos en demonios. Éstos son seres libres, que intentan pervertir a los hombres; son lujuriosos y golosos. Los diablos son los que fijan el hado de todos los seres. Taciano defiende que los dioses son demonios hechos de materia y de espíritu; idea expresada también en las Actas del martirio de Felicidad y de sus siete hijos en tiempos de Marco Aurelio y Lucio Vero.

La mántica babilónica es invención de demonios extraviados. Los demonios engañan por medio de ignorancias y fantasías. Enseñan a pecar. Serán castigados eternamente. Taciano difiere de la teoría de su maestro en que los demonios no tienen carne, sino que poseen estructura primitiva, como de fuego o aire. Sólo los que tienen el espíritu, no admiten la penitencia, y dieron a los hombres leyes de muerte. Los demonios no son las almas de los muertos. Si pudieran, los demonios arruinarían toda

la creación. Las enfermedades proceden de los demonios. Éstas son, en síntesis, las teorías demonológicas de Taciano.

Se desconoce hasta qué punto la demonología de Taciano es original o remonta a su maestro, que escribió un *Discurso contra los griegos*, en el que disertaba sobre la naturaleza del diablo.

Tertuliano

Tertuliano también prestó especial interés al tema de los demonios, al igual que el Nuevo Testamento. Propone que las persecuciones de los cristianos son iniciativa de los demonios, tal como pensaba también Justino. Al diablo se debe, en opinión del apologista africano, la idea que el hacer un sacrificio es servir a la salud y felicidad del emperador.

En las Actas de los mártires, como los de Lyon, y de Perpetua y Felicidad, se presenta al diablo tentando a los mártires para impedir el martirio.

Otros autores

Otros autores cristianos importantes trataron el tema del diablo. Así, Orígenes en su *Exhortación al martirio* se refirió al culto a los diablos, que es el culto a los dioses, idea repetida en Novaciano. El autor alejandrino considera que para conquistar la virtud hay que luchar contra los diablos, que son embusteros por naturaleza.

La demonología en el siglo IV

En el siglo IV las predicaciones cristianas dieron una importancia grande a los demonios. Juan Crisóstomo, en su etapa antioquena, escribió tres homilías sobre el tema del diablo. En este siglo el mejor tratado sobre demonología se lee en la *Vida de Antonio* escrito por Atanasio. Esta obra tuvo una extraordinaria influencia en la Edad Media, y en los siglos posteriores.

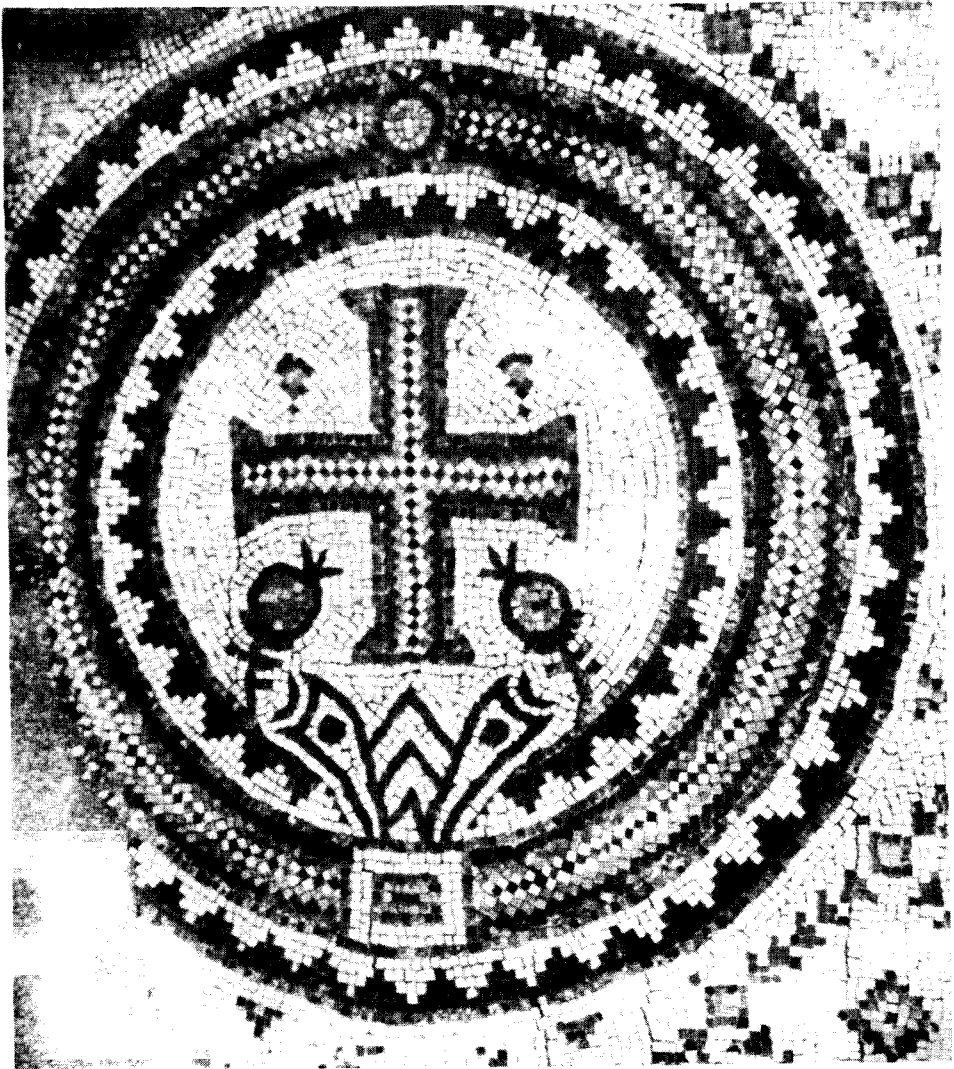
Los paganos, como afirma F. Cumont, también creían en los demonios, y les atribuían las mismas funciones que los cristianos.

Según MacMullen, a la masa de la población pagana le interesaba verse libres de pesadillas, angustias y obsesiones. El cristianismo, según este autor, ofrece una vida mejor organizada, más exorcistas y milagrosos más eficaces.

El discurso de Antonio sobre la demonología trata fundamentalmente de los siguientes temas: necesidad de distinguir los espíritus, métodos de lucha contra los demonios y experiencias de Antonio. Antonio, desde el primer momento, fue tentado por el diablo. Nada más retirarse al desierto y haberse encerrado en un sepulcro (VA 8,2-4), Satanás se acercó a él una noche con una turba de demonios y le atormentaron tan ferozmente que Antonio cayó a tierra sin voz. Los que llevaban el pan al sepulcro en que vivía, al día siguiente, le encontraron como muerto, caído en tierra. Le cogieron y le llevaron a la iglesia, donde le velaron como a un difunto. A media noche se despertó Antonio, mientras todos dormían a su alrededor, salvo uno que le acompañó al sepulcro. En los escritores cristianos no se encuentra la creencia de que

los diablos den palizas a los cristianos. Los demonios, según Atanasio, podían causar grandes males físicos a los eremitas. Atanasio, sin embargo, no presta interés a las tentaciones de carácter espiritual.

El asceta había sido tentado antes con el deseo de fornicar (VA 9,4), tentación muy corriente entre los ascetas. A continuación, pasó Satanás a asustarlo con la aparición de bestias feroces, aspectos de las tentaciones demoníacas que no se ha registrado ni en los apócrifos judíos, ni en los escritores cristianos, salvo la aparición del diablo en forma de serpiente o dragón. Atanasio escribe (VA 9,4-11) sobre estas epifanías diabólicas:



Iglesia de Shavey Sion. Mosaico con cruz y granadas, símbolo de inmortalidad.

El diablo se transformó en formas malignas. Por la noche hizo tal ruido, que todo el lugar parecía temblar. Los diablos rompieron las cuatro paredes del sepulcro; se colaron a través de los muros, transformándose en bestias y en serpientes. El sepulcro se llenó de imágenes de leones, de osos, de leopardos, de serpientes, de toros, de áspides, de escorpiones y de lobos. Cada fiera se comportaba según su carácter. El león rugía e intentaba saltar a la espalda. El toro pretendía comearlo, la serpiente no podía tocarlo. El lobo se detenía en su acometida. La serpiente se retorció y silbaba contra él. Todas las fieras eran terribles en su ira y en su ruido [...] gemía a causa de los dolores del cuerpo, pero la mente permanecía despierta y riéndose de los demonios, decía: si tuvieran algún poder, sería suficiente que viniera uno solo, porque el Señor os ha hecho impotentes, intentáis asustarme con el número. Es señal de vuestra debilidad que os metamorfoseéis en bestias y en brutos.

En estas últimas frases expresa Antonio la creencia de que el demonio carecía de poder. Es interesante señalar que se trataba de fantasmagorías, como puntualiza Atanasio. Dios ayudaba al tentado, pero quería contemplar su lucha y victoria (VA 10). Este episodio de la vida de Antonio ha inspirado frecuentemente a los artistas de todos los tiempos: el Bosco, Breughel el Viejo, Callot, Veronés, Odilon Redon, Velázquez, Dalí, Teniers, Grünewald, etc.

Atanasio cuenta otros varios casos de lucha de su protagonista contra el demonio. Un día, los que iban a visitarle «oyeron dentro del sepulcro gritos, como de una multitud de personas que diesen grandes alaridos, y que decían: “Aléjate de nuestro lugar, ¿qué haces en el desierto? No puedes soportar nuestras acometidas”.» Los visitantes oían todo este ruido, pero ignoraban lo que sucedía, y pensaban que se trataba de hombres.

Señala Atanasio dos puntos interesantes: la creencia de que los diablos habitaban en los desiertos (por eso eran tentados especialmente los anacoretas, pues se iban a vivir a la habitual morada de los demonios); y que la cruz era un remedio eficaz contra las tentaciones diabólicas. En opinión de Antonio, la fe en Cristo era también un muro contra los ataques del demonio.

La señal de la cruz era la protección que tenían los eremitas contra las acometidas de los demonios (VA 13,55; 9,10; 23,4; 75,1; 76,4; 78,4-5; 79,2-4; 80,4). No habiendo logrado seducir al corazón humano con el placer, le tienden nuevas insidias, y forman fantasmagorías, transformándose e imitando mujeres, fieras, serpientes, seres de cuerpo fabuloso y un batallón de soldados. Antonio puntualiza a sus monjes que se trata sólo de imágenes, sin realidad alguna, que se desvanecen si el tentado hace la señal de la cruz y tiene fe. Antonio insiste a continuación que los diablos son «atrevidos, muy imprudentes, pues habiendo sido vencidos de nuevo atacan con otros procedimientos, fingiendo profetizar el futuro. Se aparecen con un cuerpo altísimo, que llega al techo, y muy ancho, para engañar con estas imágenes, a las que no han seducido con malos pensamientos». En estas ideas insiste mucho Antonio en el largo tratado de demonología que se lee en la *Vida de Antonio*, puesto que Atanasio en boca del asceta egipcio, y que recoge las principales ideas que sobre los diablos tenían los monjes egipcios, que eran las mismas de los cristianos no cultos de la sociedad egipcia. Baste recordar otros cuantos párrafos e ideas. Los diablos aterrorizaban continuamente. Eran astutos y mentirosos. Decían palabras grandilocuentes. Se creían los dueños de todo el mundo. Sus apariciones eran fantasías. Asustaban y tentaban a los hombres. Aparecían bajo un aspecto terrible y pronto desaparecían. No podrán perjudicar a ningún fiel de Cristo; por tanto, no habrá que tenerles. Recitaban los salmos cantando, sin ser visibles, y citaban versos de las Escrituras.

Este último punto es interesante, pues el diablo, para engañar a los ascetas, se presentaba frecuentemente como una persona devota y observante de la ley de Cristo, e incluso como el mismo Cristo, como se apareció a Martín de Tours. Cuando el asceta se entregaba al sueño y al descanso se ponían a rezar para molestar el sueño del asceta. La astucia de los diablos era tan grande que incluso se transformaban en eremitas y hablaban como personas devotas y timoratas, para, bajo el aspecto de un asceta, intenta persuadirles a no comer y a desesperar por los pasados pecados cometidos. Todo esto lo hacían los demonios para producir una náusea de la vida ascética, para que se rechazara la vida solitaria y se encontraran impedidos de combatir a los demonios (VA 23-24).

Algunas veces se aparecían a los ascetas como ángeles (VA 35,1) por la noche, alababan su vida ascética y llamaban a los monjes bienaventurados. Antonio da a sus monjes una regla ascética para distinguir cuándo se trata de la acción del diablo o de la de Dios. Los demonios, aunque se presenten como ascetas y ángeles, producen en el alma temblor, agitación, pensamientos desordenados, tristeza, odio contra los ascetas, somnolencia, recuerdo de los familiares, temor de la muerte, deseo del mal, apartarse de la virtud y costumbres desordenadas. En cambio, el espíritu de Dios es ocasión de gozo en vez de temor, de alegría del alma, de confianza firme de salvación, pensamientos ordenados, y de otras cosas parecidas (VA 36). Estas ideas pasaron al ascetismo cristiano, como a Ignacio de Loyola.

Antonio se refiere a su experiencia con los demonios (VA 39,2-6):

Muchas veces me han llamado bienaventurado. Yo los he maldecido en el nombre del Señor. Muchas veces me han profetizado la crecida del río y yo les he respondido: «A mí nada me importa.» Me han rodeado, como soldados armados, a veces con caballos. Han llenado la casa de fieras y de reptiles, y yo cantaba el salmo: «Unos se glorían de los carros, otros de los caballos, yo del nombre del Señor.» A veces se acercaban de noche con fantasías de luces y me decían: «Hemos venido a darte luz, Antonio.» Yo cerraba los ojos y rezaba. Enseguida su resplandor desaparecería. Después de cuatro meses, vinieron de nuevo cantando salmos y hablando de las Sagradas Escrituras, yo me hice el sordo y no les oía. Otras veces hicieron temblar la casa. Yo rogaba a Dios que mi mente no se alterara. De nuevo, llegaron batiendo palmas, silbando y bailando, yo me puse a rezar. Me eché a tierra y canté salmos. Enseguida los diablos comenzaban a llorar y a lamentarse, como si hubieran sido vencidos.

Es importante detenerse en un punto, en el que Antonio insiste, cual es que los demonios pueden predecir el futuro, en este caso la crecida del Nilo. La explicación que propone Antonio (VA 32,1-2) es ingeniosa: «Cuando ven que cae mucha lluvia de la que depende la abundancia de agua del Nilo, recorriendo el movimiento del agua hacia Egipto, anuncian la crecida.» Antonio añade en tono humorístico que esto lo hubieran profetizar los hombres, si corriesen tanto como los demonios. Agustín (*De div. daem.* 3-7) explica las profecías de los demonios acudiendo a la misma explicación. Antonio (VA 31,2) cree que los demonios tienen cuerpos más ligeros que los hombres, por eso pueden desplazarse con mayor rapidez. Antonio también atribuye las predicciones de los oráculos paganos a la acción del diablo, y añade que los oráculos en su tiempo habían decaído (VA 33,1). La fe en Cristo había terminado con los sortilegios, con los oráculos, con las fórmulas mágicas de los egipcios, y con las fantasmagorías de los magos (VA 79). En época de Atanasio los oráculos no funcionaban (*De inca.* 46). Plutarco ya se había quejado de ello (*De defect. orac.*) siglos antes.

En realidad, la causa fue un cambio de religiosidad. Antonio cuenta otros casos que le acaecieron a él mismo, en que el demonio se le mostró como un espíritu de Dios. Así, «una vez se le apareció un demonio muy alto, que se atrevió a decirle: “Yo soy la potencia de Dios. Te doy lo que quieras”» (VA 40,1-2). Antonio le pronunció el nombre de Cristo y desapareció con todos los demonios. Antonio cuenta a los ascetas muchos casos de apariciones de diablos, bien bajo formas aparentemente buenas, bien bajo otras demoníacas.

Es interesante señalar que se trata siempre, según el pensamiento de Antonio, de fantasías, no de apariciones reales. Ni el eremita era eremita, ni el pan era pan, sino sólo *phantasiam panis*. Alguna vez, se le presentó a Antonio Satanás como tal, como cuando tocó a la puerta de su celda. Salió Antonio, y se encontró a un hombre alto, y de gran tamaño, que le dijo que era Satanás y venía a quejarse, porque los cristianos y los eremitas le perseguían, habiéndose quedado sin lugar donde habitar, al estar lleno el desierto de eremitas. Satanás desapareció al oír el nombre de Cristo (VA 41, 2-6), no sin antes confesar su debilidad.

A pesar de haber vencido continuamente a los demonios, ni de viejo le dejaban en paz. Los demonios que le visitaban «oían muchos rumores y voces. De noche el monte parecía brillar. El viejo parecía combatir contra seres invisibles, y rezaba contra ellos» (VA 51,3). Lo que confirma la afirmación de Antonio de que toda la vida del asceta era una continua lucha sin cuartel contra el demonio. Lo más frecuente eran las visiones del diablo bajo figuras de bestias. Las que se aparecían «eran todas las que habitaban en el desierto, que venían a morderlo» (VA 52,2-3). Alguna visión de Antonio revela creencias populares sobre el demonio y sobre el tránsito de las almas a la otra vida. Una vez, se aparecieron a Antonio un hombre feo y terrible, que llegaba hasta las nubes, y unos seres alados, que ascendían a lo alto. El hombre, abriendo las manos, atrapaba a algunos; los que no podía coger, subían tan tranquilos a lo alto. El hombre chirriaba, entonces, los dientes contra ellos, y se alegraba con la caída de los otros. Se trataba del tránsito de las almas a la otra vida. El hombre alto era el diablo. Las almas buenas se le escapaban. Sólo pescaba a los pecadores (VA 66,3-5). Las representaciones del alma como figura alada, como observa atinadamente G. J. M. Bartelink en su comentario a la *Vida de Antonio*, son bien conocidas. Este motivo aparece ya en Platón y en la literatura pagana y cristiana. En las figuras cristianas, como paloma que vuela hacia el cielo. Sin embargo, la escena que describe Atanasio, el gigante intentando atrapar a las almas, debe ser de origen egipcio (VA 65,2-5).

Ya en Orígenes se encuentra la creencia de que en el paso a la otra vida el alma se encuentra dos grupos de espíritus: los ángeles, que ayudan a pasar, y los demonios, que se lo impiden. La misma creencia se encuentra en la *Historia Lausiaca*. Antonio aceptó la creencia cristiana de que los dioses eran los demonios (VA 78,4).

Conviene recordar algunos otros aspectos de la demonología de Antonio, como es su creencia de que los demonios habitaban en el aire (VA 21,14). Como comenta en este pasaje G. J. M. Bartelink, apoyado en un estudio de J. Daniélou, la creencia de que el aire es la morada de los diablos es desconocida en el Antiguo Testamento. No se encuentra en los libros apocalípticos, sino en el judaísmo rabínico.

Esta creencia se halla en Platón y en el helenismo. Se difunde con Plutarco y con Porfirio por influjo iranio. Según esta última creencia, los demonios se alimentan del humo de los sacrificios, y causan guerras y carestías sobre la tierra. La doctrina de que los diablos habitan en el aire se encuentra en autores cristianos, como Pablo (Ef 3,2; 6,12), Ticiano (*Ad graecos* 15,8), Atenágoras (*Suppl.* 25), Orígenes, Eusebio, Atanasio y Evagrio.

Antonio describe a los demonios como horriblos de apariencia (VA 21,2) y de aspecto terrible (VA 6,5.26), término este último ya documentado en la literatura pagana. En la literatura cristiana están los diablos asociados con las tinieblas (Ef 6,12), en diferentes autores cristianos y en la *Vida de Antonio*.

Sobre el origen de los demonios, Antonio admite la doctrina apocalíptica cristiana de que al principio no fueron creados malos (VA 22,1).

El demonio tuvo un papel fundamental, tanto entre cristianos y judíos (Filón de Alejandría), como entre paganos (Apuleyo, Plutarco, Luciano, Apolonio de Tiana). F. Cumont señala que Lactancio se refiere a Satanás en los mismos términos que un mazdeo podría hacerlo de Ahrimán; que Porfirio alude a los demonios en idénticos términos que Arnobio, que el pseudo Jámblico y que algunos neoplatónicos, admitiendo teorías de los caldeos, que deben arrancar de Ostanes, mencionado por autores cristianos como Minucio Félix y Cipriano.

Las ideas sobre el demonio se generaron entre cristianos y paganos coincidiendo con la expansión del monoteísmo, que alcanzó, dentro del paganismo, su momento culmen en época de Aureliano, con su devoción extrema al Sol Invicto. La superstición cobró nuevo ímpetu, e igualmente los espíritus poblaron el universo.

